

Francisco de la Torre Prados

El bien común

Aunque puedo sentir cierto pudor al hacerlo, no me resulta difícil explicitar las razones profundas de mi vocación política. Siempre me he sentido preocupado y preocupado, ya desde pequeño, por la injusticia de las desigualdades. Admiraba los esfuerzos de René Dumont por eliminar el hambre en el mundo. Desgraciadamente, cincuenta años después, la FAO y todos los esfuerzos internacionales no han sido capaces de resolver esta escandalosa y lacerante realidad.

Posteriormente, cuando comenzaba los estudios universitarios de Ingeniería y Sociología me interesé mucho por las desigualdades regionales en España y las diferencias con Europa. Me preguntaba cómo hacer para que una región de gran riqueza natural como Andalucía estuviera en una posición más elevada en la tabla de renta per cápita española. También me preguntaba, lógicamente, por qué España no podía tener un marco político igual al de Europa, con derechos humanos y libertades garantizadas.

Al ser malagueño, y por tanto andaluz, y ser consciente de que nuestro nivel de vida era inferior al promedio nacional, me sensibilicé mucho por el desarrollo regional, sobre todo recordando cómo Málaga había sido una ciudad que, en el segundo tercio del siglo XIX, con intensa actividad industrial –química, textil y siderúrgica– había llegado a ser la segunda ciudad industrial española, después de Barcelona.

A la vista de los datos del Servicio de Estudios del Banco Bilbao –pioneros en esta materia en los 50 y 60 del pasado siglo– me planteaba cómo impulsar políticas que ayudasen a la convergencia de renta y de calidad de los servicios, cómo sumar esfuerzos públicos y privados y cómo conseguir un nivel educativo y de formación de máxima calidad en empresarios y profesionales, cuestiones que siempre me han parecido esenciales en la acción política. El profesor Louis Malassis me ayudó a comprender en Rennes (Francia), en el curso 1965-66, la importancia de las inversiones “intelectuales” en la agricultura, la importancia de los gastos en formación, en

recursos humanos y en investigación y desarrollo. Todo ello era extensible a los restantes sectores económicos.

Lo aprendí entonces, y aún hoy me esfuerzo por conseguir ese objetivo, para que Málaga pueda colaborar en el impulso que Andalucía necesita recibir. Tenía razón Alfonso Carlos Comín, tan querido para la familia de *El Ciervo*, cuando se preguntaba en los sesenta “si el andaluz acomodado piensa en Madrid y el pobre en Barcelona, ¿quién piensa entonces en Andalucía?” Hoy Andalucía es tierra de inmigración, que llega incluso de Europa occidental y muchos andaluces piensan en Andalucía.

Pero lo que me importa destacar es que la política no tiene más sentido para mí que contribuir al bien común, al interés general y hacerlo de forma que, sobre todo, se beneficien aquellos que más lo necesiten. Todo ello lo había aprendido e interiorizado en 1961-65, en Madrid, en el Instituto Social León XIII, creado por Ángel Herrera Oria y, además, me salía y me sale del alma.

Es básico alcanzar una igualdad real de oportunidades porque no hay mayor injusticia que la que se deduce, por ejemplo, de poder acceder o no a la enseñanza, y de poder o no acceder a una enseñanza de calidades similares. Y esa igualdad de oportunidades, que puede llegar incluso a atender y paliar las diferencias finales resultantes, sólo es posible y auténtica con una garantía de libertades reales, sobre todo de opinión y de expresión de criterios e ideales. Jamás el poder político debe servir para comprar voluntades de los ciudadanos ni de los medios

Concibo la política como un ejercicio de diálogo permanente

de comunicación. La sociedad civil debe respirar en libertad, y crear un tejido asociativo fuerte, sólido e independiente, como fuertes, sólidas e independientes deben ser las asociaciones empresariales, los sindicatos y los colegios y asociaciones profesionales.

Concibo la política, y siempre he procurado actuar en consecuencia, como un ejercicio de diálogo permanente con los ciudadanos, que facilite al máximo su participación y que cree en ellos la confianza y la seguridad de que sus representantes y las instituciones estén al servicio de todos y cada uno. No entiendo la política sin diálogo y colaboración institucional. La buena gobernanza requiere siempre de esa lealtad institucional.

En los últimos años han ido surgiendo nuevas motivaciones, nuevas razones para estar en la política. Siempre he amado la naturaleza, pero hoy, a los ataques intensos que recibe la biodiversidad y la riqueza natural del planeta se añade la necesidad de frenar e incluso reducir la contaminación ambiental como medio de controlar el cambio climático. Hay que ahorrar energía y hay que liderar e impulsar ese ahorro energético que debe ser seguido por los ciudadanos.

Las diferencias de renta en el mundo son tan enormes y los incrementos demográficos tan fuertes en los países menos desarrollados, que todo el mundo coincide que la inmigración va a seguir creciendo imparablemente en los próximos años y será uno de los retos más difíciles de hoy. Se trata de integrar en el plano económico, social y, en alguna medida, cultural, a millones de seres humanos. Son los nuevos ciudadanos que llegan a los espacios desarrollados de Europa, de América y también de Asia. No olvidemos, además, que la frontera que tiene a uno y otro lado las máximas diferencias de renta es el brazo de mar que une el Mediterráneo y el Atlántico, sin tener en cuenta la que separa herméticamente Corea del Norte y Corea del Sur.

Por todo ello, en paralelo a la cooperación al desarrollo deben incrementarse, por todos los medios y en todos los frentes, la cooperación internacional, la cooperación de gobierno a gobierno, las inversiones privadas, la cooperación local y, todo ello, acompañado de un esfuerzo de los países menos desarrollados por mejorar su calidad de gobierno, su gobernanza, la transparencia y la eficacia de sus administraciones.

Todas estas inquietudes en el plano político pueden proyectarse desde distintos niveles pero sólo en el nivel municipal encuentro más calidad en la eficacia, más cercanía a los ciudadanos y máximas posibilidades de participación y, como consecuencia de todo ello, un mayor fortalecimiento del sistema democrático. Creo en el municipalismo y en la necesidad de que en España los ayuntamientos tengan más competencias y más presupuesto para que el ciudadano tenga cerca de él una administración pública con un poder que le ayude a resolver sus problemas y que, además, ayude también a fortalecer el sistema democrático.

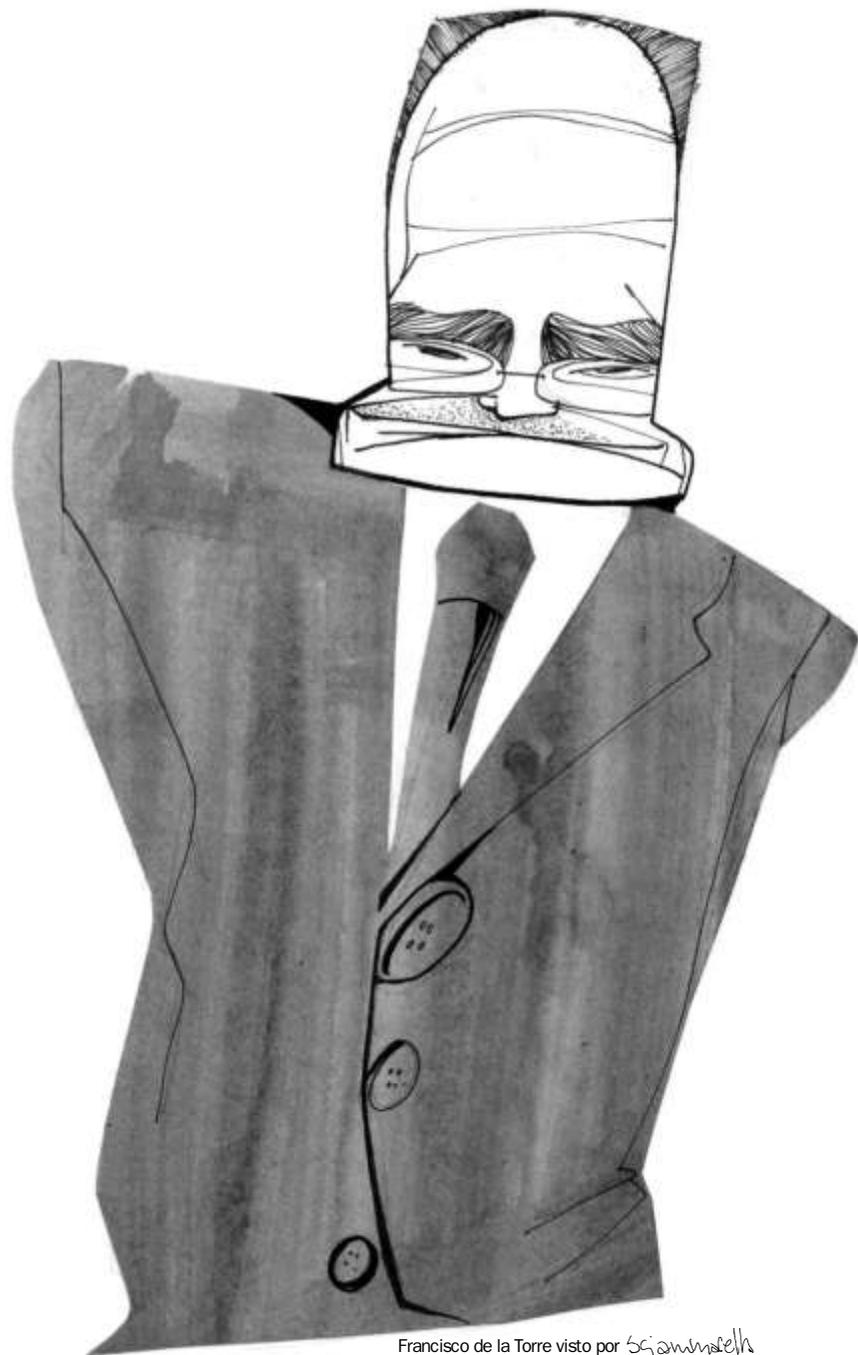
Viví la transición como diputado en el Congreso por UCD y recuerdo nítidamente cómo en el impulso autonómico andaluz, que se refuerza y manifiesta en las calles de Andalucía el 4 de diciembre de 1977 y en el propio Estatuto de 1981, estaba presente un componente intensamente municipalista que no ha tenido traducción ninguna en la práctica. Siento una enorme frustración por haber participado en un proceso autonómico que, de hecho, ha generado un nuevo centralismo en una región muy extensa que necesita desesperadamente avanzar en la descentralización en favor de los ayuntamientos. Lo que hoy tenemos no es lo que soñábamos en 1977 y en 1978.

Estoy en política para trabajar eficaz y seriamente en esa dirección. Estoy en política para, junto con todos los malagueños, hacer de mi ciudad la mejor tierra, la más hermosa ciudad, la de mayor calidad de vida. Para que su potencialidad como ciudad del conocimiento, como ciudad de la cultura y, como ciudad del litoral mediterráneo, se desarrolle plenamente. Para que sea una ciudad modelo en participación e inclusión social.

Entiendo la política como un compromiso con los ciudadanos y –como resultante de todos ellos, en mi caso concreto– con Málaga. Pero mi compromiso con mi ciudad tiene dos fundamentos: por un lado, el progreso de la tierra en la que nací y a la que amo y, por otro, el convencimiento de que la potencialidad de Málaga ayudará al progreso de Andalucía, de España y a la cooperación local e internacional, con ciudades de todo el mundo no desarrollado pero, sobre todo, con las ciudades de Marruecos. La cercanía de lo local tiene pleno sentido en conjunción con una visión global del planeta y, por supuesto, la potenciación de lo local es totalmente compatible y ayuda –en nuestro caso– a la modernización de nuestra comunidad y al progreso de España.

En resumen, estoy en política para ayudar a consolidar una sociedad liberal abierta y avanzada, con una visión humanista de la vida –enraizada en el humanismo cristiano que sabe leer los signos de los tiempos y que ayuda a encontrar la palabra y la acción que los retos del presente requieren–, y con unos objetivos plenamente sociales y solidarios. □

Francisco de la Torre Prados es alcalde de Málaga



Francisco de la Torre visto por *Sciammella*